

MAGISTERIO Y JURISDICCION EN LA IGLESIA

En el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, a todos los cristianos les es común la dignidad de miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección: una sola la salvación, única la esperanza e indivisa la caridad¹. Sin embargo, para apacentar al Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en su Iglesia diversos ministerios, ordenados al bien de todo el Cuerpo²; y habiendo sido constituido por Dios Padre en heredero universal de todas las cosas³, para ser Maestro, Rey y Sacerdote de todos, Cabeza del Pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios⁴, quiso entregar a su Iglesia la potestad que El mismo había recibido. Se lo anunció a los Apóstoles poco antes de ascender al Cielo: *se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado*⁵.

Por la unidad radical del Pueblo de Dios, todos los miembros de la Iglesia participan —si bien de modo distinto, según la diversidad de funciones a cada uno encomendadas— en esa potestad de Cristo⁶. Pero sólo los Apóstoles, para realizar estos oficios tan excelsos, fueron enriquecidos por Cristo con una efusión especial del Espíritu Santo,

(1) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 32; (2) *Ibid.*, n. 18; (3) cfr. *Hebr.* 1, 2; (4) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 13; (5) *Matth.* XXVIII, 19 y 20; (6) cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28; decr. *Presbyterorum ordinis*, nn. 2 y 7; decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2;

que descendió sobre ellos⁷, y ellos a su vez, por la imposición de las manos, transmitieron a sus colaboradores este don espiritual⁸, que ha llegado hasta nosotros en la consagración episcopal... La consagración episcopal, por tanto, junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio⁹.

Los oficios de santificar, regir y enseñar no dependen de la santidad personal de quien los ostenta, aunque le urjan a ser personalmente santo; se ejercitan en nombre de Cristo¹⁰, y permanecerán hasta el final de los tiempos, porque el Señor, a la manera que envió a los Apóstoles —a quienes se había escogido del mundo— como El mismo había sido enviado por el Padre, así quiso que en su Iglesia hubiera pastores y doctores «hasta la consumación de los siglos»¹¹⁻¹².

EL PODER DE MAGISTERIO

La doctrina celestial de Jesucristo, aunque en gran parte esté consignada en libros inspirados por Dios, si hubiese sido entregada a los pensamientos de los hombres, no podría unir por sí misma los espíritus y, con la mayor facilidad, llegaría a ser objeto de interpretaciones diversas. Ocurriría esto, no sólo a causa de su profundidad y de sus misterios, sino por la diversidad de los entendimientos de los hombres y por la turbación que nacería del choque y lucha de pasiones contrarias. De las diferencias de interpretación nacerían necesariamente diversidad de sentimientos; y de ahí controversias, disensiones y querellas... Para unir los espíritus, para crear y conservar la concordia de los sentimientos era necesario —además de la existencia de las Sagradas Escrituras— otro principio. Lo exige la Sabiduría divina; pues Dios no ha podido querer la unidad de la fe sin proveer de un modo conveniente a la conservación de esta unidad¹³. La historia de la Iglesia, desde sus comienzos, atestigua la existencia de una función de magisterio, ejercida en primer lugar por los Apóstoles¹⁴ y transmitida luego a sus sucesores¹⁵. Es, pues, indudable, que Jesucristo

(7) cfr. Act. I, 8; Ioann. XX, 22 y 23; (8) cfr. I Tim. IV, 14; II Tim. I, 6 y 7; (9) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 21; (10) cfr. Juan XXII, const. *Gloriosam Ecclesiam*, 26-I-1318, n. 2; Benedicto XII, Memorial *Iam dudum*, año 1341; Concilio de Constanza, sess. VIII, *Condema de los errores de Wicleff*, 4-V-1415; sess. XV, *Condema de los errores de Hus*, 6-VII-1415; (11) Matth. XXVIII, 21; (12) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, proem.; (13) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (14) cfr. Luc. X, 16; Marc. XVI, 20; Rom. I, 5; (15) cfr. II Tim. II, 1 y 2; San Clemente Romano, *Epist. ad Cor.* 42-44;

instituyó en la Iglesia un magisterio vivo, auténtico y perpetuo, investido de su propia autoridad, revestido del espíritu de verdad, confirmado por milagros; y que quiso y muy severamente ordenó que las enseñanzas doctrinales de este magisterio fuesen recibidas como las suyas propias¹⁶.

La misión del Magisterio no es manifestar una nueva doctrina —la Revelación terminó con la muerte del último de los Apóstoles—, sino defender, custodiar e interpretar el depósito de la fe que ha recibido¹⁷, procurando apartar y eliminar todo aquello que pueda oponerse a la fe o poner en peligro, de cualquier modo, la salvación de las almas¹⁸. Y así, la Iglesia no puede permitir que se oscurezcan las verdades reveladas¹⁹, ni variar el sentido de un dogma ya definido, porque —y es cosa que hay que repetir muchas veces—, lo que por manos apostólicas, con asentimiento de la Iglesia universal, mereció ser cortado al filo de la hoz evangélica, no puede cobrar vigor para renacer; ni lo que consta haber sido destinado al fuego eterno, puede volver a ser sarmiento feraz de la viña del Señor²⁰.

El Magisterio de la Iglesia —aun realizándose a través de humanos instrumentos— no es un magisterio humano. Lo declaró Cristo mismo a sus discípulos: *el Consolador, el Espíritu Santo que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas*²¹. Esta es la misión del Espíritu Santo, alma de la Iglesia: *como procedente a un tiempo del Padre, que es la Verdad eterna, y del Hijo, que es la Verdad substancial, recibe de uno y otro, juntamente con la esencia, toda la amplitud de la Verdad, y reparte y distribuye a la Iglesia esta Verdad cuidando —con su constante auxilio y presencia— de que jamás esté expuesta al error y de que la semilla de la divina doctrina pueda desarrollarse en Ella en todo tiempo y ser fructuosa para la salud de los pueblos*²². En consecuencia, la infalibilidad es una de las notas características del Magisterio eclesiástico universal tomado en su conjunto²³, de modo que *cuantas veces la palabra de ese Magisterio declare que tal o cual verdad for-*

(16) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (17) cfr. Pío IX, Carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 10; (18) Pío IX, Carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4; (19) cfr. Juan XXII, const. *Gloriosam Ecclesiam*, 26-I-1318, n. 5; Clemente XI, const. dogm. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713; Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, nn. 1 y 77; León XIII, Carta *Testem benevolentiae*, 22-I-1899; (20) San Simplicio Papa, Carta *Cuperem quidem*, 9-I-476; cfr. San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; (21) *Ioann.* XIV, 26; (22) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897; (23) cfr. San Simplicio Papa, Carta *Cuperem quidem*, 9-I-476; León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 27; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 4 y 25;

ma parte de la doctrina divinamente revelada, todos deben creer con certeza que eso es verdad; pues si pudiera ser de alguna manera falso, se seguiría de ello —y es evidentemente absurdo— que Dios mismo sería el autor del error de los hombres²⁴.

Siempre se recibió indiscusa esta verdad en la Iglesia. Sólo a partir del siglo XVI se atrevió a ponerla en duda el Protestantismo, y más tarde otros movimientos heréticos, casi siempre de inspiración protestante. Contra todos estos falsos asertos, la Iglesia siguió afirmándose única intérprete autorizada de la fe, explicando el objeto de su Magisterio infalible y su ejercicio por la autoridad competente²⁵.

OBJETO DEL MAGISTERIO ECLESIASTICO

Objeto del Magisterio es todo aquello que de algún modo se refiera a la fe y las costumbres. *La Iglesia, por la potestad que le fue otorgada por su Divino Fundador, tiene no sólo el derecho, sino principalmente el deber de no tolerar sino proscribir y condenar todos los errores, si así lo reclamaren la integridad de la fe y la salud de las almas*²⁶. También tiene el derecho y el deber de juzgar, con autoridad suprema, sobre las cuestiones sociales y económicas..., porque —aunque es cierto que la economía y la moral, cada una en su ámbito, usan de principios propios—, es un error afirmar que el orden moral y el económico están tan alejados y son tan extraños entre sí, que éste no depende, bajo ningún concepto, de aquél²⁷. Mas aun, a la Iglesia corresponde, por derecho divino, interpretar también la ley moral natural. Es, en efecto, incontrovertible —como tantas veces han declarado Nuestros Predecesores²⁸— que Jesucristo, al comunicar a Pedro y a los Apóstoles su autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos²⁹, los constituía en custodios y en intérpretes auténticos de toda ley moral, es decir, no sólo de la ley evangélica, sino también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento fiel es igualmente necesario para salvarse³⁰⁻³¹.

(24) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (25) cfr. León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520; Concilio de Trento, sess. III; Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, n. 29; const. *Inter multiplices*, 4-VIII-1690; Clemente XI, const. *Vineam Domini*, 16-VII-1705; const. dogm. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713; Pío VI, Breve *Super soliditate*, 28-XI-1786; const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; (26) Pío IX, Carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4; San Pío X, Motu Proprio *Sacrorum Antistitum*, 1-IX-1910; Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (27) Pío XI, enc. *Quadragesimo anno*, 15-V-1891; (28) cfr. Pío IX, enc. *Qui pluribus*, 9-XI-1846; San Pío X, enc. *Singulari quadam*, 24-IX-1912; Pío XI, enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930; Pío XII, alloc. *Magnificate Dominum*, 2-XI-1954; Juan XXIII, enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961; (29) cfr. *Matth.* XXVIII, 18 y 19; (30) cfr. *Matth.* VII, 21; (31) Paulo VI, enc. *Humanae vitae*, 25-VII-1968, n. 4;

Otro campo propio sobre el que la Iglesia ejerce su Magisterio es la interpretación de la Sagrada Escritura. Así lo afirmó solemnemente el Concilio de Trento: *que nadie se atreva a interpretar la Sagrada Escritura apoyado en su propio saber y retorciéndola conforme al propio gusto, contra aquel sentido que sostuvo y sostiene la Santa Madre Iglesia, a quien atañe juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Escrituras santas*³².

INFALIBILIDAD DEL MAGISTERIO

Las funciones del Magisterio infalible sólo pueden ser ejercidas por el Romano Pontífice —sucesor del Príncipe de los Apóstoles— y por los obispos reunidos en comunión con la Santa Sede. Ellos son los *maestros auténticos, los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo, que les ha sido encomendado, la fe que deben creer y aplicar a la vida, ilustrándola bajo la luz del Espíritu Santo*³³. A la totalidad de los fieles, unidos a sus pastores en la obediencia, corresponde la prerrogativa peculiar de no equivocarse cuando *presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres*³⁴. Este sentido de la fe, propio del pueblo cristiano, debe distinguirse de la prerrogativa de la infalibilidad en la proposición de la fe y la moral, que corresponde únicamente al Romano Pontífice y a los obispos cuando, reunidos bajo su autoridad, permanecen en comunión con la Sede Romana.

El Magisterio del Romano Pontífice goza de la prerrogativa de la infalibilidad *cuando en calidad de maestro supremo de la Iglesia universal, en quien reside singularmente el carisma de la infalibilidad de la Iglesia misma, expone o defiende la doctrina de la fe católica*³⁵. Así lo declaró solemnemente el primer Concilio Vaticano: *enseñamos y definimos ser dogma divinamente revelado que el Romano Pontífice, cuando habla «ex cathedra» —esto es, cuando cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe o las costumbres debe ser sostenida por la Iglesia universal—, por la asistencia divina que le fue prometida en la persona del bienaventurado Pedro, goza de aquella infalibilidad de que el Redentor divino quiso que estuviera*

(32) Concilio de Trento, sess. IV; cfr. Concilio de Toledo, *Símbolo de fe*, año 400; Pío IV, Bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2; León XIII, enc. *Providentissimus Deus*, 18-XI-1893; San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, nn. 2-4; Benedicto XIV, enc. *Spiritus Paraclitus*, 20-IX-1920; Pío XII, enc. *Divino Afflante Spiritu*, 30-IX-1943; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 10; (33) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (34) *Ibid.*, n. 12; cfr. Pío IX, Carta *Tuas libenter*, 21-XII-1863; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3; (35) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25;

provista su Iglesia en la definición de la doctrina sobre la fe y las costumbres³⁶. Por esta razón, las definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia³⁷, sin necesitar de ninguna aprobación de otros ni admitir apelación a otro tribunal³⁸, ni siquiera al Concilio Ecuménico³⁹.

Mientras el Papa es personalmente infalible cuando habla *ex cathedra*, los obispos no gozan por sí mismos de la prerrogativa de la infalibilidad⁴⁰. El Señor, en efecto, entregó a los Apóstoles el poder de magisterio, no individualmente, sino en cuanto miembros de un Colegio organizado y presidido por el Príncipe de los Apóstoles. Por esta misma razón, cuando los obispos, aun dispersos por el orbe, pero manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el sucesor de Pedro, enseñando auténticamente en materia de fe y costumbres, convienen en que una doctrina ha de ser tenida como definitiva, en ese caso proponen infaliblemente la doctrina de Cristo⁴¹. Pero todo esto se realiza con mayor claridad cuando, reunidos en concilio ecuménico, son para la Iglesia universal los pastores y jueces de la fe y de las costumbres⁴². La prerrogativa de infalibilidad del Concilio Ecuménico depende del Romano Pontífice, porque un Concilio es ecuménico solamente cuando —además de reunir a los obispos de todo el orbe—, es convocado o aceptado por el Papa, y presidido por él mismo o por sus legados. Y aun así, sus definiciones no son infalibles hasta que son personalmente confirmadas como tales por el Romano Pontífice⁴³.

Según la doctrina católica, no tiene sentido hablar de un magisterio infalible y otro no infalible, porque toda la enseñanza de la Iglesia goza de la garantía de la infalibilidad, si bien de diverso modo. Cada acto aislado del magisterio solemne —es decir, el que realiza el Papa cuando habla *ex cathedra* y el de los Concilios Ecuménicos— es de por sí infalible si reúne las características esenciales: que lo realice el Romano Pontífice en su calidad de Doctor y Pastor

(36) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; cfr. San Inocencio I, Carta *In requirendis*, 27-I-417; San Bonifacio I, Carta *Manet beatum*, 11-III-422; San Simplicio Papa, Carta *Cuperem quidem*, 9-I-476; San Hormisdas Papa, Memorial de profesión de fe, 2-IV-517; San León IX, Carta *In terra pax*, 2-IX-1053; Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Pío IV, Bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564; Alejandro VIII, Decreto del Santo Oficio, 1-XII-1690, n. 29; (37) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; (38) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (39) cfr. San Bonifacio I, Carta *Manet beatum*, 11-III-422; Pío II, Bula *Exsecrabilis*, 18-I-1460; León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 28; Alejandro VIII, const. *Inter multiplices*, 4-VIII-1690, n. 4; (40) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (41) cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3; (42) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (43) cfr. San Gelasio I, Decretal *De recipiendis*, año 495; San Hormisdas Papa, Decretal *De Scripturis divinis*, año 520; Concilio II de Constantinopla, año 553;

de todos los cristianos, con la plenitud de su autoridad apostólica y con la intención clara —que se deduce por el mismo tono de las palabras o por la fórmula empleada— de dar un juicio definitivo, irreformable y obligatorio para toda la Iglesia, versando sobre la doctrina relativa a la fe o a las costumbres⁴⁴. El Magisterio ordinario, por su parte, goza de una infalibilidad de conjunto, y es siempre auténtico, porque también se realiza en el nombre y con la autoridad de Cristo. Y así, *no hay que creer que las enseñanzas de las encíclicas no exijan de suyo el asentimiento, por razón de que los Romanos Pontífices no ejercen en ellas la suprema potestad de su Magisterio, pues son enseñanzas del Magisterio ordinario, del cual valen también aquellas palabras: «el que a vosotros oye, a Mí me oye»*⁴⁵; y la mayor parte de las veces, lo que se propone e inculca en las encíclicas pertenece ya por otras razones al patrimonio de la doctrina católica. Y si los Sumos Pontífices en sus constituciones pronuncian de propósito una sentencia en materia disputada, es evidente que, según la intención y voluntad de los mismos Pontífices, esa cuestión no puede considerarse ya como de libre discusión entre los teólogos⁴⁶.

ASENTIMIENTO DEBIDO AL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

El asentimiento debido a las diversas declaraciones del Magisterio es distinto según la índole de los documentos en que se contienen. *Debe creerse con fe divina y católica —enseña el primer Concilio Vaticano— todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o tradicional y ha sido propuesto por la Iglesia para ser creído como divinamente revelado, ya por un juicio solemne, ya por su magisterio ordinario y universal*⁴⁷. Quien pertinazmente se negare a prestar este asentimiento de fe divina, sería por tanto hereje. *Nuestra fe es divina, es una —como Uno es Dios— y este hecho trae como consecuencia que, o se defienden todos sus puntos con firme coherencia, o se deberá renunciar, tarde o temprano, a profesarla: porque es seguro que, una vez practicada una brecha en la ciudad, toda ella está en peligro de rendirse. Defenderéis, pues —nos dice el Padre—, lo que la Iglesia indica, porque es Ella la única Maestra en estas verdades divinas; y lo defenderéis con el ejemplo, con la palabra, con vuestros escritos, con todos los medios nobles que estén a vuestro alcance*⁴⁸.

(44) cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (45) *Luc.* X, 16; (46) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (47) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3; (48) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 8;

A las decisiones doctrinales y morales del Magisterio ordinario del Romano Pontífice o de las Congregaciones Romanas debe prestarse, no un mero silencio exterior, sino un obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento⁴⁹. Por la presente constitución nuestra, que ha de valer para siempre —afirmaba el Papa Clemente XI contra el Jansenismo—, con la misma autoridad apostólica decretamos, declaramos, establecemos y ordenamos que con un silencio obsequioso no se satisface en modo alguno a la obediencia debida⁵⁰. Se requiere, pues, una obediencia no limitada a las materias que han sido definidas expresamente por decretos de los Concilios Ecuménicos, de los Romanos Pontífices y de esta Santa Sede..., sino que es menester también someterse a las decisiones pertenecientes a la doctrina de la fe que emanan de las Congregaciones pontificias, lo mismo que aquellos capítulos doctrinales que —por común y constante sentir de los católicos— son considerados como verdades teológicas y conclusiones tan ciertas, que las opiniones contrarias a dichos capítulos de la doctrina, aun cuando no puedan ser llamadas heréticas, merecen sin embargo una censura teológica de otra especie⁵¹. Este obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento deber ser prestado, de modo particular, al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable «ex cathedra»; de tal manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se preste adhesión al parecer expresado por él, según su manifiesta mente y voluntad, que se colige principalmente ya por la índole de los documentos, ya por la frecuente proposición de la misma doctrina, ya por la forma de decirlo⁵².

Junto al magisterio auténtico expresado en las encíclicas, la Iglesia ha declarado de forma explícita que todos absolutamente están obligados por deber de conciencia a someterse a los dictámenes de la Pontificia Comisión Bíblica..., del mismo modo que a los Decretos de las Sagradas Congregaciones referentes a cuestiones doctrinales y aprobados por el Sumo Pontífice; y no pueden evitar la nota de desobediencia y temeridad y, por tanto, no están libres de culpa grave, cuantos de palabra o por escrito impugnen estas sentencias⁵³. Por el contrario, la obediencia a la Iglesia y al Romano Pon-

(49) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; cfr. Clemente XI, const. *Vineam Domini*, 16-VII-1705; Pío IX, enc. *Quanta cura*, 8-XII-1864; (50) Clemente XI, const. *Vineam Domini*, 16-VII-1705; (51) Pío IX, Carta *Tuas libenter*, 21-XII-1863; cfr. *Syllabus*, 8-XII-1864; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (52) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (53) San Pío X, *Motu Proprio Praestantia Scripturae*, 18-XI-1907;

tífice nos dará seguridad y firmeza, en los principios intangibles de la fe y de la moral: esta docilidad nuestra —ha escrito el Padre— es parte de nuestro común denominador. En cambio, cuando se trata de doctrinas opinables, cada uno de mis hijos puede y debe formar su criterio personal; pero un criterio sin tozudez, que se sepa modificar, cuando aparecen nuevos razonamientos que rectifican el modo de plantear el problema de que se trate⁵⁴. El Padre nos pide también que sepamos distinguir entre la verdad y la opinión; entre la firmeza con la que se deben defender las verdades centrales de las que pende toda la existencia humana, y la firmeza con que es prudente sostener los juicios sobre asuntos más marginales, cuando no mudables. No es la misma la autoridad del dogma definido por el Magisterio de la Iglesia, que la de una sentencia defendida por alguno o por algunos teólogos; ni se puede confundir la actitud ortodoxa, que lleva a custodiar la tradición de la Iglesia, con el cerrilismo de quien se niega a aceptar todo progreso⁵⁵.

POTESTAD DE JURISDICCIÓN: ORIGEN DIVINO

Para velar por la pureza de la doctrina y regular el ejercicio de su misión santificadora, la Iglesia goza de un poder de gobierno, que se manifiesta en una estructura jurídica. En efecto, el *Derecho* asegura y comunica a la comunidad eclesial... la trama fundamental de las relaciones necesarias sobre las que se injerta el lozano y floreciente vigor de la vida cristiana... Sobre esta trama brota y florece la caridad de la Iglesia, es decir, el amor, que —como la levadura evangélica que todo lo penetra— vivifica y santifica todas las cosas y todo lo reasume y sintetiza en Cristo. Finalmente, sobre la trama de las estructuras jurídicas se injerta la dinámica de la tarea pastoral, que —si bien no se identifica con la relación jurídica, ni se resuelve en ella—, en la práctica, sin embargo, será realizada con generosa solicitud y acogida con docilidad confiada, en la medida en que encuentre su firme apoyo en el aparato jurídico⁵⁶. Y así, por divina institución, la Iglesia tiene no sólo la potestad de magisterio para enseñar y definir las cosas de fe y costumbres e interpretar sin peligro de error la Sagrada Escritura, sino también la potestad de gobierno, de manera que retenga en su seno a los hijos que recibió, los confirme en la doctrina que les entregó y promulgue leyes acerca de todo lo referente a la salud de las almas y al ejercicio del sagrado ministerio y del culto de Dios⁵⁷.

(54) Instrucción, 8-XII-1941, n. 79; (55) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 28; (56) Paulo VI, Discurso al I Congreso Internacional de canonistas, 25-V-1968;

El oficio de gobernar a los fieles es de origen divino. Así lo ha declarado el Magisterio en diversas ocasiones, de modo especialmente solemne en la Bula dogmática «Unam Sanctam», al tratar de la suprema potestad del Romano Pontífice: *esta potestad, aunque ha sido dada a un hombre y por un hombre es ejercida, no es una potestad humana, sino divina... Quienquiera, pues, que resista a este poder así ordenado por Dios, resiste a la ordenación del mismo Dios*⁵⁸⁻⁵⁹. También enseña la Iglesia, frente a los errores del Sínodo de Pistoia, que su poder de gobierno no lo recibió de la comunidad de los fieles: *la proposición que establece que «ha sido dada por Dios a la Iglesia una potestad para ser comunicada a los pastores que son sus ministros, para la salvación de la almas», entendida en el sentido de que la potestad del ministerio y régimen eclesiásticos se deriva a los pastores desde la comunidad de los fieles, es herética*⁶⁰.

FINALIDAD DE LA LEY EN LA VIDA DE LA IGLESIA

El ordenamiento jurídico de la Iglesia, que se apoya en la potestad de jurisdicción dada por Cristo a la Jerarquía, «tiende por completo a la cura de almas, para que los hombres —bajo la protección y orientación de las leyes— se hagan partícipes de la verdad y gracia de Cristo, y vivan, crezcan y mueran santa, piadosa y fielmente»⁶¹; es decir, tiende a alcanzar ese fin sublime en la Iglesia, cuya estructuración y dirección mediante rectas instituciones corresponde primariamente al Derecho Canónico⁶². Pero ningún ordenamiento puede subsistir como tal, incluso en la comunidad de la Iglesia, ni puede resultar eficazmente operante sin la respectiva norma jurídica que lo defina y determine en concreto. Por tanto, la ley —en cuanto postulada por la naturaleza misma del Derecho— no ha de ser estimada como ajena a la estructura de la Iglesia —casi como un cuerpo extraño violentamente introducido en su ordenamiento—, sino que, por el contrario, la ley canónica está llamada a desempeñar una función de gran importancia en la vida de la Iglesia, a saber, la de sostener, tutelar y proteger el esfuerzo común dirigido a una realización de la vida cristiana siempre más fiel y constante⁶³. Hasta tal punto es necesaria, que

(57) Gregorio XVI, enc. *Commisum divinitus*, 15-VI-1835; (58) cfr. Rom. XIII, 2; (59) Bonifacio VIII, Bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; cfr. Concilio de Sens, *Errores de Pedro Abelardo*, año 1140, n. 12; (60) Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 2; cfr. Breve *Super soliditate*, 28-XI-1786; Pío IX, enc. *Etsi multa*, 21-XI-1873; (61) cfr. Pío XII, alloc. 17-X-1953; (62) Paulo VI, Discurso a la Pontificia Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico, 20-XI-1965; cfr. Discurso al I Congreso Internacional de canonistas, 25-V-1968; (63) Paulo VI, Discurso al I Congreso Internacional de canonistas, 25-V-1968;

quienes están sujetos a la Jerarquía tienen el deber en conciencia de someterse a las leyes, según aquellas palabras: «el que a vosotros oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia» ⁶⁴. Los preceptos jurídicos, por tanto, manifiestan con certeza la voluntad de Cristo, a quien, como Señor, estamos sometidos. Y no hay razón para que algunos, exaltando más de lo debido la libertad «a la que hemos sido llamados» ⁶⁵, digan que esta libertad es enemiga de la ley, aduciendo de modo poco recto la doctrina del Apóstol San Pablo ⁶⁶. La ley canónica, en efecto, no obstaculiza, sino que estimula; no coarta, sino que sostiene; no oprime, sino que exalta y preserva el crecimiento perenne de la auténtica vida cristiana, bajo el influjo indefectible del Espíritu Santo ⁶⁷. La ley, hijos míos, en la vida de la Iglesia, es algo muy santo. No es una forma vacía, ni un arma para tener en un puño a las conciencias, sino una razonable y sobrenatural ordenación, según justicia. No es un simple instrumento para mandar, sino una luz al servicio de la Iglesia entera, para iluminar a todos la senda del cumplimiento del gran mandamiento del Amor ⁶⁸. Por esta razón, el Padre nos ha enseñado a ser fieles a las decisiones de la Jerarquía de la Iglesia hasta en los menores detalles, obrando no ya como súbditos de una autoridad, sino con piedad de hijos, con el cariño de quienes se sienten y son miembros del Cuerpo de Cristo ⁶⁹.

LA JERARQUÍA ECLESIASTICA

No todos los ministerios existentes en el Cuerpo Místico de Cristo han sido creados por la autoridad eclesiástica. Aunque ya sabido, es conveniente recordar que algunos elementos constitutivos de la Iglesia, que es una sociedad no igualitaria, son de derecho divino: como el Primado del Romano Pontífice, el episcopado y, finalmente, el presbiterado y el diaconado. También los laicos han de ser enumerados en este grupo, aunque carecen de la facultad de gobernar. Del derecho humano, en cambio, proceden otros elementos constitutivos, como los patriarcas, los metropolitanos, los párrocos, los religiosos ⁷⁰. Es importante esta distinción, porque las cosas primarias, es decir, las que son de derecho divino constitutivo, no pueden cambiar de ningún modo ⁷¹. Esta continuidad radical en la estructura de la Iglesia es, además, la mejor garantía de progreso, porque el *aggiornamento* de

(64) *Luc.* X, 16; (65) cfr. *Galat.* V, 13; (66) Paulo VI, Discurso a la Pontificia Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico, 20-XI-1965; (67) Paulo VI, Discurso al I Congreso Internacional de canonistas, 25-V-1968; (68) Carta *Veritatem facientes*, 15-VIII-1964, n. 103; (69) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 4; (70) Paulo VI, Discurso a la Pontificia Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico, 20-XI-1965; (71) *Ibid.*:

la Iglesia —ahora, como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del Pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio. Es claro que esa fidelidad —viva y actual ante cada circunstancia de la vida de los hombres— puede requerir, y de hecho ha requerido muchas veces en la historia dos veces milenaria de la Iglesia, y recientemente en el Concilio Vaticano II, oportunos desarrollos doctrinales en la exposición de las riquezas del *Depositum Fidei*, lo mismo que convenientes cambios y reformas que perfeccionen —en su elemento humano, perfectible— las estructuras organizativas y los métodos misioneros y apostólicos. Pero sería por lo menos superficial pensar que el *aggiornamento* consista primariamente en cambiar, o que todo cambio *aggiorna*. Basta pensar que no faltan quienes, al margen y en contra de la doctrina conciliar, también desearían cambios que harían retroceder en muchos siglos de historia —por lo menos a la época feudal— el camino progresivo del pueblo de Dios⁷².

El Papa goza de la suprema y plena potestad sobre la Iglesia universal. Esta fue siempre la sentencia concorde y firme de todos los católicos, y es un dogma de fe que el Romano Pontífice, sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, tiene en toda la Iglesia un Primado, no sólo de honor, sino también de autoridad y jurisdicción, y que por lo tanto los mismos obispos le están sujetos⁷³. Su autoridad se extiende de modo inmediato a todas y cada una de las diócesis, a todos y cada uno de los cristianos, sin oponerse para nada a aquella ordinaria e inmediata potestad de jurisdicción episcopal por la que los obispos, puestos por el Espíritu Santo⁷⁴, sucedieron a los Apóstoles, apacientan y rigen, como verdaderos pastores, la grey confiada a cada uno⁷⁵. Así pues, la potestad que los obispos ejercen en sus diócesis personalmente en nombre de Cristo, es propia, ordinaria e inmediata, aunque su ejercicio esté regulado en definitiva por la suprema autoridad de la Iglesia, y puede ser circunscrita dentro de ciertos límites, con miras a la utilidad de la Iglesia o de los fieles⁷⁶.

Con el Papa y bajo su plena autoridad, también el Colegio Episcopal es sujeto del universal poder de gobierno. Así como por disposición del Señor, San Pedro y los demás Apóstoles forman un solo co-

(72) Entrevista en «Palabras», n. 26, octubre de 1967, pág. 20; (73) Gregorio XVI, enc. *Commisum divinitus*, 15-VI-1835; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 2; (74) cfr. *Act.* XX, 28; (75) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 27; (76) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 27;

legio apostólico, de modo análogo se unen entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles... Pero el Colegio o Cuerpo de los Obispos no tiene autoridad a no ser que se considere en comunión con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como Cabeza del mismo, quedando totalmente a salvo el poder primacial de éste sobre todos, tanto pastores como fieles..., y no puede ejercer dicha potestad sin el consentimiento del Pontífice Romano⁷⁷.

ÁMBITO DE LA POTESTAD DE JURISDICCIÓN

Este poder de gobierno, independiente del poder civil⁷⁸, se ejerce absoluta y directamente sobre materias estrictamente religiosas y espirituales: todo lo que en las cosas humanas es de algún modo sagrado, todo lo que pertenece al culto de Dios y a la salvación de las almas, ya lo sea por su naturaleza misma, ya por razón de la causa a que se refiere; todo eso está en la potestad y arbitrio de la Iglesia⁷⁹. La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina⁸⁰, sin que la Iglesia se inmiscuya en los asuntos meramente temporales, dejados por el Creador al libre arbitrio de los hombres. Por esta razón, mientras se respeten los principios esenciales del orden natural y divino, la Iglesia no interviene ni se ocupa en absoluto en declarar qué forma de gobierno le agrade más, ni con qué leyes se han de gobernar civilmente los pueblos cristianos, ya que es indiferente a las varias formas de gobierno mientras queden a salvo la religión y la moral... No cabe la menor duda de que hay una legítima libertad también en materia política, cuando —quedando incólumes la verdad y la justicia— se lucha para que prevalezcan las opiniones que se juzgan más convenientes para el bien común. Arrastrar la Iglesia a algún partido, o querer tenerla por auxiliar para vencer a los adversarios, es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la religión⁸¹. Cuando

(77), Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 22; (78) cfr. Gregorio XVI, enc. *Commissum divinitus*, 15-VI-1835; Pío IX, enc. *Quanta cura*, 8-XII-1864; León XIII, enc. *Immortale Dei*, 1-XI-1884; enc. *Sapientiae christianae*, 10-I-1890; (79) León XIII, enc. *Immortale Dei*, 1-XI-1884; cfr. Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, nn. 4 y 5; Pío IX, enc. *Etsi multa*, 21-XI-1873; (80) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 42; cfr. Juan XXIII, enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961; (81) León XIII, enc. *Sapientiae christianae*, 10-I-1890; cfr. Pío IX, enc. *Etsi multa*, 21-XI-1873; Pío XI, enc. *Ubi arcano*, 23-XII-1922; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 37; Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 42 y 43;

fuese preciso, es sólo la Jerarquía eclesiástica ordinaria la que tiene el derecho y el deber de dar a los católicos orientaciones políticas, de hacerles ver la necesidad —en el caso de que efectivamente juzgue que haya tal necesidad— de adoptar una determinada posición en los problemas de la vida pública. Y cuando la Jerarquía interviene de esa manera, eso no es de ningún modo clericalismo. Todo católico bien formado debe saber que compete a la misión pastoral de los obispos dar criterio en cosas públicas, cuando el bien de la Iglesia lo requiera; y saben también los católicos bien formados que esa intervención corresponde únicamente, por derecho divino, a los obispos; porque sólo ellos, estando en comunión con el Romano Pontífice, tienen función pública de gobierno en la Iglesia⁸².

El campo dejado por la Iglesia a la libre discusión de los hombres es grande, y grande es también la libertad para actuar de un modo u otro en el tejido del Cuerpo Místico de Cristo. Pero hay dos cosas que no pueden ser puestas en tela de juicio: las verdades de la fe autorizadamente sancionadas por la Tradición y el Magisterio eclesiástico, y las leyes constitucionales de la Iglesia, con la consecuente obediencia al ministerio del gobierno pastoral, que Cristo ha establecido y que la sabiduría de la Iglesia ha desarrollado y extendido a los miembros del Cuerpo Místico visible de la Iglesia, para que sean guía y consuelo de la multiforme composición del Pueblo de Dios.⁸³

Los oficios de magisterio y de gobierno en la Iglesia tienen por objeto conducir a los hombres a aquella felicidad verdadera, celestial y eterna, para la que hemos sido creados⁸⁴; por esta razón se ejercen con espíritu de servicio, imitando a Jesucristo que no vino a ser servido, sino a servir⁸⁵. En la unidad del amor fraterno, todos en la Iglesia —súbditos y gobernantes, laicos, religiosos y clérigos—, cumpliendo la misión a cada uno encomendada, contribuyen a la edificación del Cuerpo de Cristo y a que la Iglesia entera, robustecida por todos sus miembros, cumpla con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo⁸⁶. No podéis olvidar, de todos modos —nos recuerda el Padre—, que la misión de servicio recae especialmente sobre los que tienen autoridad en la Iglesia; y cuanto más arriba se está, es

(82) Carta *Res omnes*, 9-I-1932, n. 50; (83) Paulo VI, *alloc.* 25-IV-1968; (84) León XIII, enc. *Nobilissima*, 8-II-1884; (85) *Matth.* XX, 28; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 27; (86) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 27;

mayor el alcance de la responsabilidad y la obligación del sacrificio. Es dura la carga de llevar en la tierra el peso de la Iglesia, y la de procurar su continuo crecimiento; y os lo repito, para que así aumente cada día el amor que el espíritu de la Obra os hace sentir por quienes tienen sobre los hombros esa misión; y para que hagáis que siempre cuenten con la ayuda de vuestra unidad y con el apoyo de vuestro trabajo apostólico en medio del mundo, entre los ciudadanos vuestros iguales ⁸⁷.

(87) Carta *Legitima hominum*, 31-V-1943, n. 7.